

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 386

Barcelona, 22 de Febrero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Hitler

habló por la mañana. Por la

tarde, el ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, sir Antonio Eden, entregaba su dimisión al jefe del Gobierno, Neville Chamberlain, y éste se la aceptaba...

El discurso de Hitler

Dicen que Hitler está loco; pero, por lo visto, lo está asimismo el pueblo alemán, que le sigue y le apoya, o, por lo menos, no se opone de un modo abierto y valeroso a sus actos de demencia. Su discurso del domingo tiene dos partes: en la primera, se proclamó salvador de Alemania y hombre providencial; en la segunda, anunció claramente que el Tercer Reich va a la guerra. Va a la guerra, aunque las democracias no se atrevan a hacerla; va a la guerra, aunque los fascistas europeos le facilitan el camino de las intervenciones y anexiones, sin riesgo; va a la guerra, aunque nadie la quiere y todos la aborrecen; va a la guerra, llevando a Italia como «brillante segundo».

Ya desapareció Austria del número de las naciones independientes. Ahora le toca el turno a Checoslovaquia. Hitler lo ha dicho bien claro. Allí donde haya alemanes, allí estará Alemania, imponiendo su voluntad. Aviso a Mussolini, que tiene en el Tirol meridional varios centenares de miles de germanos, a los que venía tratando como si fueran antifascistas rojos.

En cuanto a nosotros, Hitler pretende, en complicidad con Italia, hacer de los españoles un inmenso rebaño de esclavos. No tolerarán, él y su consorte de Roma, otro Gobierno en España que el de Franco. Y para conseguirlo, ambos malvados, contando, desde luego, con la pusilanimidad homicida y suicida de las demás naciones, llegarán a todo. Ya lo suponíamos. No nos coge de sorpresa la nueva amenaza. En Teruel, estos días de fines de febrero, estamos comprobando sangrientamente el alcance de la intervención extranjera en nuestra existencia de pueblo libre.

Hitler habló por la mañana. Por la tarde, el ministro de Negocios Extranjeros de la Gran Bretaña, sir Antonio Eden, entregaba su dimisión al jefe del Gobierno, Neville Chamberlain, y éste se la aceptaba...

la "producción de hombres" al servicio de la guerra total

Del artículo de Silberfarb, publicado en «Izvestia» bajo este mismo título, traducimos lo siguiente:

El mariscal Von Ludendorff, en su famoso libro sobre la guerra total, hablaba de la necesidad de obligar a la mujer a ejercer su función de madre, como deber sagrado para con la nación. Afirmaba que sólo de esta manera desaparecería el enorme peligro de la disminución de la natalidad, que cada vez se hace sentir más intensamente en el ejército, y se crearía una generación sana y prolija, que daría al ejército muchos soldados fuertes capaces de soportar una «guerra totalitaria». Estas exigencias del imperialismo germánico habrán de satisfacerlas los nacionalsocialistas, elevados al poder por el capital monopolizador. Ya al componer el programa fascista del partido, su autor y comentarista Gotfrid Feder anunció que «la mujer debe estar al servicio de la nación y parir soldados para ella».

Al resolver este problema, los fascistas alemanes no piensan, naturalmente, en asegurar algún derecho a las madres, sino en organizar una producción en masa de futuros soldados, como parte integrante del plan de preparación de una nueva guerra mundial. Sobre las ruinas del mundo — escribe el profesor fascista Ernest Bergmann en un libro «El espíritu del conocimiento y el derecho de la maternidad» —, alzará su bandera victoriosa esta raza que demostrará ser la más fuerte y convertirá a todo el mundo cultural en humo y cenizas. Luego — termina diciendo — será la hora de despedirse de la idea tra-

dicional de echar, inconscientemente, hijos al mundo y comenzar a organizar la producción de seres humanos».

La mujer ha de convertirse, exclusivamente, en máquina de parir hijos. Así lo afirman, sin cesar, todos los «jefes» y «jefecillos». La lucha por la igualdad de derechos para las mujeres — dice Hitler — es invención del intelecto judío. «La mujer alemana no la necesita; se contenta con su pequeño mundo, mundo que es, en realidad, muy pequeño. Si antes, merced a los representantes de la ignorancia alemana, se limitaba a las cuatro K tradicionales, ahora, que de la Küche (cocina) y Kleider (trajes), en las condiciones de empobrecimiento de la población a causa de la economía fascista, se prefiere no hablar, y que hasta la Kirche (iglesia) no pocas veces se resiste a justificar la dictadura inhumana «bandidos pardos», todo el peso de la política femenina de Hitler gravita sobre una sola K, los niños.

«El programa del movimiento femenino nacional-socialista — dice el «führer» — se compone de un solo punto: el niño...» Y los jefes de las organizaciones femeninas fascistas no cesan de repetir: «si el destino del hombre es morir por la patria, la mujer debe dedicarse a la producción de soldados», para esta patria.

A fin de reducir la vida de la mujer alemana a la función de la reproducción, es imprescindible aniquilar todo lo que la haga independiente y todo lo que contribuya a liberarla de la servidumbre. De ahí la cruzada contra el trabajo de la mujer, contra su

instrucción, contra su participación en la actividad social y política, cruzada protegida por todos los artificios posibles de la propaganda fascista.

«La revista de Medicina de Alemania» dice que la locura de la instrucción, en la cual reside principalmente la disminución de la natalidad, «constituye un gran peligro biológico para el pueblo alemán». Los oscuros «sabios» «eugenistas» universitarios se humillan ante los jefes militares fascistas, afirmando, «ex cátedra», que la independencia de la mujer es perjudicial para la «raza».

En el año 1933, el Estado fascista introdujo los llamados préstamos municipales, para poder exigir que la recién casada abandonase el trabajo retribuido y matar así dos pájaros de un tiro. Semejante estímulo produjo al principio algún efecto; en 1933-34 aumentó la cifra de matrimonios, y los políticos fascistas miraron con esperanza al porvenir. Pero en el otoño de 1935 sufrieron una decepción: con el encarecimiento cada vez mayor de la vida, los insignificantes «préstamos» matrimoniales dejaron de atraer a la juventud y otra vez comenzaron a disminuir las bodas. En el primer semestre de 1935, el número de matrimonios disminuyó en un 5,2 por 100 en comparación con el mismo período de 1934; y en los tres meses siguientes, en un 16,4 por 100. Fracasaron los intentos de los jefes fascistas para fomentar la reproducción de la raza.

Los créditos ofrecidos a las parejas matrimoniales a cuenta del futuro niño no sirvieron de nada;

CONTRASTE

Franco acaba de desmentir a sus propagandistas en este país, que lo presentaban como un caballero bueno, amable y cristiano.

Su contestación a la nota británica sobre los bombardeos de las poblaciones civiles, dice que lamenta la pérdida de vidas humanas, pero que no le es posible hacer nada.

Tal indiferencia por las vidas y la felicidad de la nación a que pertenece por la sangre, es demasiado repugnante para describirla con palabras.

Veamos la declaración hecha sobre el mismo asunto por el Embajador de España en Londres: «Nadie tiene más firme esperanza que el Gobierno español de que las gestiones realizadas para impedir el bombardeo de las poblaciones civiles, conduzcan a un resultado práctico».

Compárense las dos actitudes. No hace falta decir nada más.

(«Daily Herald», 19-II-1938.)

algunos jóvenes tomaban el dinero y se lo gastaban en comer; pero no satisfacían las exigencias del gobierno.

El empleo de otras medidas de apoyo material era muy difícil para el Tesoro del Tercer Reich, agotado por los armamentos febriles. Entonces, el Estado fascista decidió apelar a procedimientos más baratos: al terror policíaco y la propaganda demagógica.

En lugar del préstamo, comenzaron a regalar a los recién casados «valores espirituales» en forma del libro «Mi lucha», o suscripción anual del «Voelkischer Beobachter». A esto sucedió la llamada «ayuda a la madre e hijo», que se expresó en una manifestación pública de los «mejores ejemplares» de la producción de niños, inauguración solemne de monumentos de la «madre y el niño», introducción de un «día de la madre», fiesta de la familia y de los nacimientos de niños, y muchos otros efectos psicológicos parecidos. Algunas autoridades municipales fascistas empezaron a dar a las madres de muchos niños premios tan «generosos» como un billete gratuito para el teatro o el cine una vez al mes, y en Berlín inventaron hasta el truco de un Instituto de los ahijados de la ciudad. Por más que se ideaba para conseguir futuros fascistas y militares, no salía nada. Y el «Voelkischer Beobachter» se vio forzado a confesar que la curva de natalidad, elevada gracias a las medidas tomadas en 1935, comenzó repentinamente a decaer. Entre tanto, la mortalidad bajo el régimen nazi aumenta cada vez más y los periódicos fascistas tienen que proclamar que «la falta de niños ha llegado a ser un peligro nacional». El periódico «National Sozialistische Frauenverte» advierte incluso el peligro de que a fines de este siglo en Alemania no quedarán más que 40.000.000 de habitantes, y termina: «Nosotros no aparecemos más que como un pueblo sin terreno; pron-

to llegaremos a ser un terreno sin pueblo».

La causa del descenso de la natalidad y del aumento de la mortalidad en Alemania está clara para todo el mundo. Basta decir — las estadísticas oficiales lo confirman — que el día de trabajo se alarga, el salario de los obreros y empleados desciende continuamente y la vida encarece cada vez más. Basta recordar que incluso Goering, en cierta ocasión, se vio obligado a declarar que en Alemania más de 13 millones de la población llevan una vida mísera, sin saciar el hambre, y Hitler, oído por todos, anunció en el Congreso del partido fascista que ni siquiera se podía hablar del aumento de jornal a los trabajadores. La política del «hambre organizada», seguida por el Gobierno hitleriano, agravó la situación del pueblo alemán y fué la causa fundamental de la disminución de la natalidad y del aumento de la mortandad. Pero, como es natural, los jefes fascistas ni quieren ni pueden reconocerlo. El «Voelkischer Beobachter», hablando del «enigma de las cifras sobre la natalidad», dice que la culpa de que disminuyan los naticios es del «liberalismo, del materialismo y del marxismo», que aun tiene arraigo en el pueblo alemán. Por eso, añade, es indispensable no la elevación del nivel de vida de las masas, ni la ayuda material a los que tengan muchos hijos, sino el recrudecimiento de la lucha contra el «materialismo pernicioso» y el desarrollo en el pueblo de la «voluntad de tener hijos» y de la «abnegación paternal».

El señor Rosenberg amenaza con los mayores males a toda mujer alemana que «voluntariamente se uniese a un negro, a un amarillo, a un mestizo o a un judío». El «doctor» Goebbels se expresa más imaginativamente, exigiendo que se mande al diablo a las judías, y dice que prefiere «cualquier honrada prostituta alemana» a una judía casada.

(Continúa en la pág. siguiente.)

(Diremos entre paréntesis que la prostitución, bajo el régimen fascista, florece en Alemania como nunca, y el ministro de Propaganda, pronunciándose en contra del fariseísmo y de la burguesía de horizontes limitados habla en favor del reconocimiento de las «mujeres alegres», que regocijan, dan fuerza e inspiran a nuestros héroes nacionales... si —añadimos por nuestra parte— estos «héroes» fascistas, como ocurre frecuentemente, no opinan que «las relaciones con una mujer afeminan», y por ello un verdadero luchador debe buscar su satisfacción por otros caminos.)

Sobre esta base se desarrolló la práctica terrorista fascista, que llega a horrores increíbles. Pensando en la santidad de la familia, «los gobernantes de la Alemania actual destruyen «matrimonios mixtos» de muchos años, obligándolos a divorciarse, y arrebatan los hijos a los padres que no son arios puros. En esto se significó, particularmente, en el consejero provincial fascista de Franconia, Julpis Streicher, que edita un periodicocho «Los guardianes de la pureza de la raza» no se limitan a insultar con las más groseras palabras del vocabulario fascista a

los «mercenarios de la raza»; emprenden, además, la caza de sus víctimas, a las cuales desnudan y hacen correr por las calles con un cartel colgado del cuello: luego las matan a palos.

El Estado fascista no sólo permite estos crímenes y mofas, sino que los completa con un nuevo crimen monstruoso: la esterilización, como arma del terror contra los que piensan de otra manera.

El sabio fascista O. Ferschner manifiesta abiertamente que la «eugenesia aparece también como una importante arma política del Estado», y el miembro del Reichstag fascista Hans Dietrich, exige la esterilización de todos los antifascistas obstinados. Varios eugenistas nazis — Tellgno, Schreicher y otros — exigen la esterilización en masa de todas las «razas inferiores» y de todas las personas de «sangre mezclada», y uno de los periódicos fascistas ha llegado hasta a exigir la esterilización de las «muchachas arias, que se unan morganáticamente con judíos».

Con este terror fanático contra las «personas de raza inferior», se desarrolló fácilmente la propaganda embrutecedora de la multiplicación de los seres de raza pura.

El joven veterinario Walter Darre, que ocupa el puesto de consejero de la «Alimentación del Reich», propuso en su obra *Nueva nobleza de sangre y suelo* el plan de organizar en Alemania una producción nacional de hombres de raza pura sobre una base zootécnica.

«El jefe de los conceptos del mundo» del partido fascista, Alfred Rosenberg, resalta la utilidad de la poligamia en el estado militar-fascista, y manifiesta que la lucha del cristianismo contra aquella, tuvo como inmediata consecuencia contener el desarrollo político y militar de la raza germánica». Darre recomienda también la introducción en Alemania de los «harems». Claro que solamente gentes con una enferma fantasía racista pueden confiar en que los señores fascistas lograsen realizar tales planes y convertir a Alemania en un campo de producción de soldados-esclavos; pero los mismos proyectos caracterizan suficientemente «la moral» de la raza superior «fascista», que, sin darse por satisfecha con la opresión económica y política de la mujer trabajadora alemana, quiere convertirla en esclava concubina.

(*Izvestia*, 10-II-1938.)

Labor de la República

La creación de la Orquesta Nacional de Conciertos

El día 1 de marzo próximo, se constituirá en Madrid, con la máxima solemnidad, la Orquesta Nacional de Conciertos, que fué fundada, oficialmente, por decreto de Instrucción Pública el 28 de octubre de 1937. No deja de ser curiosa la historia de la constitución de esta entidad, después de tantos años de lucha y de gestiones por los profesores que la integran hoy. La decisión de la República, de dar impulso a la música de concierto, llega en una ocasión que reafirma el justo anhelo de ampliar a límites extraordinarios la cultura del pueblo. La resolución gubernamental ha sido objeto de elogiosos comentarios fuera de España; su trascendencia apenas ha rebasado en España el área de lo profesional, y, sin embargo, merece unas líneas de información.

Hace muchos años, muchísimos, se constituyó en España la Sociedad de Conciertos. Una vida precaria, de sacrificios constantes, eran los únicos estímulos que recibían los músicos españoles. Derivadas de la Sociedad de Conciertos, nacieron la Orquesta Sinfónica de Arbós y, más tarde, la Filarmónica, de Pérez Casas. Ambas llevaron también una existencia lánguida, a prueba del altruismo de sus componentes. En vano don Juan de la Cierva fué presidente durante muchos años de la primera de las citadas entidades, y la entonces reina regente, María Cristina de Habsburgo, prestó su nombre para que sirviera como propaganda entre la aristocracia, con objeto de que los mejores músicos de España pudiesen ir viviendo; en realidad, ni siquiera eso: para que pudiesen actuar simplemente. Porque los profesores españoles—aunque pareciera exagerado—trabajaban completamente gratis. ¡Y a veces les costaba dinero tomar parte en los conciertos, tanto de la Filarmónica como de la Sinfónica! Una disciplina de hierro, un entusiasmo sin igual entre los restantes artistas del mundo, les hacía perder dinero y aun abandonar sus habituales actividades, para ir a cumplir una misión tan artística como desinteresada. Un año y otro, los más destacados músicos de España pidieron ayuda, apoyo, subvenciones, con objeto de poder continuar su verdadero apostolado; todo fué en vano: la España oficial estaba al margen de todo aquello.

Recuerdan, algunos músicos, un episodio pintoresco de esta labor incansable en pro del sostenimiento de la Sinfónica... Era en tiempos de Primo de Rivera. Los profesores de orquesta organizaron, con pretexto que no es del caso, cierta fiesta íntima en la Bombilla. Se dieron traza y maña para que el Dictador acudiese a la comida. A los postres, uno de los más atrevidos habló. Francia gastaba anualmente seis millones de francos en subvenciones para sus músicos; Alemania duplicaba la cantidad; Italia daba 16 millones de li-

ras... El Dictador español hizo un pintoresco ofrecimiento:

—Yo no puedo olvidar esos ejemplos que me ofrecéis; pero, por el momento, solamente me decido a daros 85.000 pesetas. Y aun haré más en obsequio vuestro, si os comprometéis a que los conciertos sean de música «fácil». Porque yo, la verdad, me aburro con esa música sabia e intelectual que interpretáis. Comprendo que, por el buen parecer, hay que soportarla algunas veces; pero yo os insisto en que, si tocáis música para el pueblo, para los que no entendemos de esas sonatas largas y de esos andantes tan aburridos, yo haré más por los profesores de orquesta...

El discurso causó gran sensación. Costó verdadero trabajo hacer callar a los más entusiastas de la Sinfónica y que el Dictador no llevase la réplica merecida; pero se impuso la prudencia, y Primo de Rivera cumplió, a poco, su palabra y concedió las 85.000 pesetas.

Con aquel auxilio, y con alguno posterior, también exiguo, no pudo evitarse, sin embargo, que las entidades musicales continuasen una vida lánguida, y que algún profesor de la Sinfónica muriese, materialmente, de hambre y de abandono, en su mísero domicilio.

Todo cuanto se diga en elogio de los músicos españoles y de su afán por dignificarse, será siempre poco. No hay ejemplo de amor a su arte como el de los profesores de orquesta de nuestra patria. Ellos han llevado la música española fuera de nuestras fronteras; han sabido sostener, frente a las más gloriosas instituciones extranjeras, el pabellón de la capacidad inigualable de nuestros ejecutantes. Es proverbial, entre los profesionales del mundo, la maestría de nuestros músicos, que son los únicos que saben tocar con el papel escrito a mano... Los extranjeros tienen que hacerlo sobre papel impreso.

Precisamente, en estas horas de guerra, de anormalidad política, un Gobierno, celoso de la cultura del pueblo, ha asumido la responsabilidad de crear la Orquesta Nacional de Conciertos. Esto es: que se han convertido en realidades las aspiraciones heroicas de un puñado de artistas, que llegaron al sacrificio y al hambre para que España tuviese la organización musical que la tradición de su arte reclamaba.

Al fin, unos hombres beneméritos cumplirán, tras muchos años de espera, la misión cultural que les correspondía desempeñar. Sólo alabanzas merece la iniciativa ministerial.

El 1 de marzo se constituirá la Orquesta Nacional, y será Madrid, la capital de España, quien antes tendrá ocasión de escucharla: es una delicadeza y un honor que merecen los madrileños.

El pueblo italiano no puede expresar libremente su opinión

Un llamamiento a los italianos que no quieren que se confunda su nombre con el de Mussolini

La política de sumisión a los planes pangermanistas de Hitler y a los planes de guerra, que imponen esa sumisión, que el Gobierno de Mussolini sigue—dice el escritor Romano Coechi en *La Voce degli Italiani*—acumula lutos y ruinas, y aumenta, por días, la miseria de nuestro pueblo.

Por eso, porque acumula gravísimos peligros y porque mortifica y ofende vuestra conciencia de italianos y de hombres libres, la censuramos y combatimos.

El pueblo italiano no puede expresar libremente su opinión sobre la intervención en España.

El pueblo italiano no ha tenido posibilidad de pronunciarse libremente sobre la empresa abisinia, de la que es consecuencia la agresión contra España, y que ha determinado una situación internacional de conflictos amenazadores, de provocaciones a la guerra general, que hacen que se tambalee el mundo.

Pero el pueblo italiano no puede dejar de comprender que todo está relacionado. El Gobierno fascista desencadenó la guerra en Abisinia, después de haberse asegurado la complicidad de Hitler. Este obtuvo, en compensación, las manos libres en Austria y los Balcanes, y la posibilidad de intervenir, cada vez más abiertamente, en la política italiana.

ITALIA FACILITA LA CARNE DE CAÑÓN EN ESPAÑA

La agresión contra la España republicana, operación en la que el Gobierno fascista facilita la carne de cañón; la adhesión al pacto anticomunista Berlín-Tokio, y el abandono definitivo de la Sociedad de Naciones, son las etapas principales de una política de sumisión que conduce el país a la ruina.

Debilitado por la guerra abisinia, que continúa; debilitado por la guerra de España, que terminará con la victoria de la libertad, Mussolini, apretado en las tenazas de una situación interior económica y financiera, de lo más crítico, sigue resbalando por la pendiente, traicionando los intereses y los bienes más preciosos de la nación.

La prensa fascista de nuestro país

ofrece estos días un espectáculo de lo más triste. Las medidas tomadas por Hitler, para alejar de la dirección del Ejército a los generales vacilantes ante una política de aventuras y de guerra—medidas que son el preludio de un gesto violento, en cuanto a Austria, y una acentuación de la política de expansión pangermanista, hacia nuestra frontera y el Adriático—son presentadas, entre gritos de hossa, como un refuerzo del eje Berlín-Roma; pero, en realidad, no constituyen más que una nueva prueba de la sujeción de Italia a los planes del hitlerismo.

NO SE PUEDE PERMITIR QUE SE CONFUNDA EL NOMBRE DE MUSSOLINI CON EL DE ITALIA

No podemos permitir que se crea, un solo instante, que el pueblo italiano no tiene conciencia de la gravedad de la situación que Mussolini le ha creado a nuestro país. No podemos permitir que el mundo civilizado confunda el nombre de Mussolini con el de Italia.

Y nosotros podemos hacer algo—algo concreto—para impedir que Mussolini conduzca nuestro país a la catástrofe final. Los italianos que pueden manifestar libremente su opinión y su voluntad, y que saben que interpretan la opinión y la voluntad de millones de italianos que viven en la patria, tienen el deber de actuar.

LAS DECISIONES MAS GRAVES TOMADAS POR MUSSOLINI NO HAN SIDO SOMETIDAS AL PUEBLO

Las decisiones más graves tomadas por Mussolini estos últimos años—guerra de Abisinia, guerra de España, campaña contra la Sociedad de Naciones, eje Berlín-Roma, pacto anticomunista—no han sido sometidas al juicio del pueblo italiano, sino que le han sido impuestas. La voluntad, los sentimientos, el parecer de más de 40 millones de ciudadanos, no se tienen en cuenta por el Dictador de Italia.

Pero el pueblo empieza a dar a entender—de la manera que consiente la actual situación italiana—

que está cansado de ser envilecido, y quisiera pedir la palabra. Estamos seguros de que acabará por tenerla.

Y nosotros, italianos libres, ¿qué podemos hacer? Nosotros, que somos miles, millones, en el extranjero, que casi en todas partes podemos decir lo que pensamos, que podemos luchar en el frente mundial de la paz y de la libertad, debemos dar a conocer al mundo, y hacer oír a Mussolini, nuestra opinión. Podemos luchar para salvar la paz y para salvar a Italia.

UN PLEBISCITO ENTRE LOS ITALIANOS QUE VIVEN EN EL EXTRANJERO

En Francia viven más de 800.000 italianos, y todos ellos pueden decir su angustia por la situación creada a nuestro país, y su voluntad de salvar la paz e Italia. En Francia existe y se desarrolla una gran organización de unión de los italianos. El amigo Giuseppe Saragat tiene razón al decir que la Unión Popular italiana podría ser la promotora, entre los italianos inmigrados, de un plebiscito por la paz y por Italia.

Es cierto que la casi totalidad de los italianos que viven en Francia—y que podrían consultarse del mismo modo que se organizó la famosa votación inglesa por la paz—, no vacilarían en decir abiertamente «basta» a la política de guerra y de ruinas de Mussolini.

El Consejo Nacional de la Unión Popular italiana debe plantear el problema.

Un plebiscito, un verdadero plebiscito por la paz y por Italia, entre los italianos que viven en el extranjero—que en Francia, repito, son casi un millón, y que en el mundo son casi diez millones—, podría representar una gran fuerza e influir concretamente en el curso de los acontecimientos.

Pensadlo: serían centenares de millares de italianos los que se dirigirían a los italianos que viven en la patria, y a todo el mundo civilizado, para mantener la paz, para librar al país de la sumisión a la Alemania hitleriana, para salvar a Italia.

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

La peseta leal y la mendacidad facciosa

Las interesadas campañas que se llevan a efecto contra la España leal demuestran claramente el deseo existente, entre los elementos enemigos de la España Republicana de distintos países, de presentar la situación actual de la misma con las tintas más oscuras y los augurios más sombríos.

Queremos recoger en estas líneas las especies vertidas recientemente por un titulado técnico financiero, Z. Batkowski, que viene publicando en el *Courier de Genève* una serie de artículos que tienen por objeto pretender demostrar la llamada por él caída vertical de la peseta roja, sacando como consecuencia que ésta ha perdido ya un 83 por 100 de su valor y que, por lo tanto, ha llegado ya el momento en que la economía española está al borde de la ruina y de la miseria.

La argumentación está basada en la deformación que se hace de la verdad por el articulista, exponiendo datos recogidos arbitrariamente de la bolsa negra, y que resultan falsos al ser aplicados forzosamente para aquello que quiere demostrarse, ya que pretender aplicar la cotización de la peseta-billete sin guía, como cambio normal de la peseta de la España leal, es una falsedad que no resiste a unos momentos de meditación sobre el tema, por personas que tengan un ligero conocimiento de las realidades del momento.

El Sr. Batkowski demuestra que la cotización de dicha peseta sin guía — es decir, la peseta que salió de España fraudulentamente y por manos de los enemigos del régimen republicano — se cotizó en el primer semestre de 1936 a 41,975 francos suizos las 100 pesetas, y fué descendiendo en su valor hasta fines de diciembre de 1937, en que se cotiza aproximadamente a 5 francos suizos, demostrando, tal baja, simplemente el poco uso que se puede hacer de tales pesetas de contrabando, por virtud de las medidas del Gobierno y el control, cada día más eficaz, en la dirección financiera; pero silencio — suponemos que voluntariamente — que existen, además de la citada peseta sin guía, la peseta con guía: es decir, aquella que está autorizada oficialmente para salir al extranjero y que es admitida también para su entrada de nuevo en España, y la peseta cheque, que es utilizable para efectuar toda clase de pagos en el interior del país, siguiendo órdenes de los beneficiarios extranjeros.

Siempre se ha tomado como base, para las cotizaciones oficiales de las divisas, el cambio del cheque, y buena prueba de ello es que las cotizaciones actuales de las monedas de los distintos países, se refieren siempre a este signo de crédito. Pretender aplicar a las pesetas sin guía, en estos momentos, la representación del signo monetario español, es una falsedad que cae por sí sola, sobre todo teniendo conocimiento que el Gobierno legítimo de España pretende, por todos los medios a su alcance, anular dicha peseta, que ha sido sacada fraudulentamente de España, y cuya entrada en el país está prohibida por las leyes y perseguida como artículo de contrabando. Por lo tanto, la depreciación que sufren estos billetes exportados subrepticamente, favorece la política, en este sentido, por las autoridades económicas españolas, que no sienten la menor preocupación por esta depreciación; en cambio, la cotización oficial de la peseta, representada por el signo normal de cheque sobre plaza bancaria española o de transferencia bancaria, es defendida por las mismas autoridades.

A continuación damos un estado del cambio medio de la peseta cheque, desde noviembre de 1936 hasta la fecha:

| | | | |
|---------------------|--------|--|--|
| Año 1936: | | | |
| Noviembre | 92,00 | | |
| Diciembre | 159,40 | | |

| | | | |
|----------------------|--------|--|--|
| Año 1937: | | | |
| Enero | 152,00 | | |
| Febrero | 157,30 | | |
| Marzo | 129,80 | | |
| Abril | 120,55 | | |
| Mayo | 110,90 | | |
| Junio | 101,00 | | |
| Julio | 110,50 | | |
| Agosto | 132,57 | | |
| Septiembre | 155,50 | | |
| Octubre | 169,88 | | |
| Noviembre | 165,88 | | |
| Diciembre | 161,90 | | |

| | | | |
|-------------------|--------|--|--|
| Año 1938: | | | |
| Enero | 160,10 | | |
| Febrero | 165,33 | | |

Los cambios medios de la cotización de los francos franceses, libras esterlinas y dólares, durante los mismos períodos, es como sigue:

| | | | |
|-----------|---------|----|-------|
| Año 1936: | | | |
| Mes de | Francos | £ | \$ |
| Novbre. | 53,10 | 56 | 11,50 |
| Dbre. | 57,50 | 60 | 12,30 |

| | | | |
|-----------|-------|--------|--------|
| Año 1937: | | | |
| Enero | 57,50 | 60 | 12,30 |
| Febrero | 57,50 | 60 | 12,30 |
| Marzo | 57,50 | 60 | 12,30 |
| Abril | 57,50 | 60 | 12,30 |
| Mayo | 57,50 | 60 | 12,30 |
| Junio | 57,50 | 62,50 | 12,70 |
| Julio | 57,50 | 66,016 | 13,285 |
| Agosto | 57,50 | 71,43 | 14,32 |
| Septbre. | 57,50 | 76,93 | 15,396 |
| Octubre | 57,50 | 79,61 | 16,09 |
| Novbre. | 57,50 | 81,43 | 16,46 |
| Dbre. | 57,50 | 85 | 17,03 |

| | | | |
|-----------|-------|-------|-------|
| Año 1938: | | | |
| Enero | 57,95 | 86,12 | 17,25 |
| Febrero | 59,50 | 90 | 18 |

En la actualidad, la cotización oficial del franco es casi la misma, en paridad, con la peseta cheque.

Respecto a la peseta con guía, en virtud de las acertadas medidas de las autoridades españolas, la vemos comenzar a rehabilitarse precisamente cuando, según el economista blanco — permitásenos el calificativo, ya que él hace referencia a los rojos —, se hace más intensa la baja del billete sin guía, y así, la vemos surgir, en septiembre de 1937, al cambio de 75 francos contra 100 pesetas. Sigue la cotización a los siguientes cambios medios:

| | | | |
|----------------------|----|--|--|
| Año 1937: | | | |
| Septiembre | 75 | | |
| Octubre | 87 | | |
| Noviembre | 87 | | |
| Diciembre | 87 | | |

| | | | |
|-------------------|----|--|--|
| Año 1938: | | | |
| Enero | 90 | | |
| Febrero | 90 | | |

La baja de la peseta guarda solamente relación con la política de cambios, que sigue el Gobierno con un control adecuado, ponderando los factores esenciales que intervienen en toda política cambiaria dirigida.

Las recientes declaraciones del jefe del Gobierno, doctor Negrín, demuestran que existen recursos y reservas suficientes en España para responder de aquellos billetes y valores de curso legal reconocido por el Gobierno, que — aun en los momentos de gravedad porque se atraviesa, con motivo de la guerra que ensangrienta el suelo español — se preocupa de hacer frente a aquellas obligaciones que tiene reconocidas, dentro de los límites de sus posibilidades; política económica que contrasta con la seguida en la actualidad por otros países, que, no obstante encontrarse en relaciones más normales en el desarrollo de su vida ordinaria, no tratan de llevar a efecto la política de pagos con la escrupulosidad con que la lleva a efecto el Gobierno de España.

¡"SHOCKING"!

Herr Hitler se dispone a gozar unos días de recreo, en Roma, durante la próxima primavera, y ya está la Ciudad Eterna esforzándose por hacerse digna del visitante. Una comisión, presidida por el conde Ciano, ministro de Relaciones Exteriores, comenzó a discutir, hace varias semanas, el programa de las ceremonias y a escoger el *Camino Triunfal* que habrá de recorrer el Conquistador ario. La capital mussoliniana debe superar en mucho el esplendor de la primitiva Roma imperial. La distancia entre la estación y el palacio real es ridículamente corta, en proporción a la majestad de la ciudad y de su ilustre huésped, y, como dice *Polo d'Italia*, «Roma no desea ni puede seguir haciendo uso, para estas ocasiones solemnes y grandiosas, de los itinerarios y programas que han venido repitiéndose durante más de medio siglo».

No; ahora se impone que hayan kilómetros de recorridos estupendos, a lo largo de los cuales se pongan de manifiesto el talento y la fantasía de los artistas, en forma de adornos exquisitos, durante el día, y de efectos de luz y juegos de agua maravillosos, durante la noche. Lo malo es que algunos periódicos no oficiales,

en su afán de hacerse agradables, han sugerido voluntariamente varios planes, y que algunos de dichos proyectos son inconscientemente ofensivos. Por ejemplo: un periódico indica que para el *Camino Triunfal* se tenga en cuenta el Arco de Constantino y el Coliseo. De seguro que el representante de la religión más pura — la de la raza — odia a Constantino, por sus medidas en favor de la cristiandad y por su edicto sobre la tolerancia. El monograma cristiano y la svástica son enemigos: claro está.

El encuentro del Coliseo con el Coloso, si bien muy apropiado — pues se juntarían la grandeza material con la grandeza moral —, resulta imposible. Ignoran, acaso, los periódicos italianos que el Coliseo no fué construido por obreros arios. Sin duda alguna, que la comisión presidida por el conde Ciano está mejor enterada de lo que debe prohibirse. ¿Cubrirán el Moisés de Miguel Angel durante el tiempo que permanezca *der Führer* en Roma? A la verdad, que hay mucho en el arte cristiano que será extremadamente odioso para un nazi genuino. Y mucho más repugnante todavía, para el fundador de la secta.

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

Palabras audaces de un canciller famélico

Hitler ha hablado. Tras la meditación voluntaria y el ayuno forzosos, el supremo Canciller — amo, señor y dios — de un pueblo hambriento ha sido bien explícito. Ni se le ha trabado la lengua en su boca vacía ni ha padecido el previsible desmayo de su estómago yerto. Nadie podrá decir que sus palabras pecan de confusas. Quizá por vez primera, en este período de turbios paliques diplomáticos, se ha despejado la sospechosa niebla que difuminaba los contornos agrios de la política internacional. Y al despejarse todo, se ha visto claro, todo se ha descubierto. Descubierto y basta. Nadie piense ni confíe en improbables castigos o en infructuosas sanciones. Mucho menos en tardíos arrepentimientos. Un grito — el grito del ladrón germano — ha escandalizado a Europa. No ha sido grito de susto al sentirse descubierto. Más bien lo contrario. Por esta vez le cabe al ladrón al menos el honor de actuar a las claras. Lo sorprendente del caso es que la sorpresa parece habérsela llevado la policía. Así, en pleno día, a viva voz, se produce el atraco. O lo que aun es más sintomático y grave, el anuncio estruendoso del atraco que va a perpetrarse. La técnica moderna permite al delincuente maniobrar a la luz del sol y hacer declaraciones previas ante el gesto atónito o memo de quienes contemplan sus fechorías sin decidirse a evitarlas.

Réstales a quienes así abandonan la defensa del equilibrio europeo que les está encomendada, el triste remedio de llevarse las manos abúlicas a la acongojada frente, el de encomendarse inútilmente a Dios. De cualquier modo, su fin será quedar en evidencia. Porque he aquí que han sido ellos quienes han fallado en el propósito de atrapar al saltador. Ha sido la policía misma quien ha estimulado, con su incomprensible comportamiento, la audacia del bandolero estadista. Hitler se ha anticipado a las voces de alarma con la suya propia. Hitler pregona sus desmanes y anuncia nuevos atropellos, cual si pidiera socorro. El asesino exige que la víctima se apiade de él y le conceda graciosamente lo que, de otro modo, le será arrebatado por la fuerza. Hitler no sólo no huye, sino que, vanagloriándose de haber sido sorprendido *in fraganti*, avanza osadamente vapuleando a quienes se creyeron — o nos creímos los demás que eran — sus guardianes. El detenido se insolenta y acusa a la propia justicia, a los propios representantes de la ley. Y los propios — o impropios — representantes del orden y la paz se contentan o contrastan con asombrarse y aparentar que son ellos quienes sienten los vértigos de una debilidad ajena. Y son los jueces quienes balbucean y los guardias quienes tiemblan. Y es el atracador quien se afirma y permanece impávido. ¿Por qué? El porqué podrá satisfacerse con una explicación cualquiera. Jamás se justificará. Ya ni Francia ni Inglaterra podrán alegar ignorancia. Desde el banquillo de los acusados, la voz de Hitler abusa de su tolerancia claudicante y sale a defender una verdad: la verdad del Tercer Reich. Verdad de *gangster*, pero verdad. El *führer* alemán dice lo que quiera; añade que lo conseguirá y no olvida que antes de callar conviene ofrecer delicadamente sus respetos a quienes debieron impedir que el reo se convirtiera en acusador. Hitler aun se permite el desplante postrero de ser cortés.

Ya lo sabe Francia. Hitler se burla de Stresemann, que es tanto como agraviar a Briand. Ya lo sabe Inglaterra. El Canciller necesita, y las necesita urgentemente, colonias. El problema etiópico es una invención inglesa. Y a propósito de Etiopía... Ya lo sabe Italia también. La Alemania nazi tendrá plena soberanía sobre los destinos de Austria. Por lo demás...

Por lo demás, todas las naciones pueden contar para lo que gusten con los buenos servicios de Hitler. El *führer*, con exagerada reverencia y falsa solemnidad de tahir remilgado, hace la invitación al vals de la violencia. En el baile de los apetitos pueden participar, enlazadas por el tallo a la política de Hitler, cuantas naciones se avengan a que el *führer* las cina y aprisione entre sus brazos ávidos y sangrientes. El canciller alemán las ofrece su mano al margen del código del honor. Insinúa el deseo de complicidad. No se trata de firmar ni de cumplir compromisos. Simplemente de marcar el paso, de seguir el ritmo, de obedecer a la voz y al ademán del delincuente legislador.

Tan sólo un país — un heroico medio país —, España, la República española, se libra de tan galante invitación. España no admite que nadie la marque el son a que ha de contraerse su danza. La República, España, representa a la Justicia. No es extraño que no haya danzarín pirata ni violador empedernido que se decida a bailar con la más íntegra. Tampoco sería aceptado.

Por lo demás, Alemania se muestra gentil. Alemania, y por ella su *führer* canciller, se ofrece — de ustedes atento y seguro servidor — a sus preciosas amistades. Especialmente — con pleitesía que de ninguna manera indica rendición — a Francia y a Inglaterra. Pese a que el acero de todas las bayonetas germanas apunte invariablemente a París, imán y norte de los apetitos nazis.

Daniel TAPIA BOLIVAR
(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de Pontevedra

XXI

(Continuación)

que están mejor situados que ellos, a los que les cierran el camino. Falange es esa manada de semianalfabetos que asalta los cargos públicos, para ejercer la tiranía, para satisfacer sus malos instintos, sus caprichos y sus veleidades de gente inculta. Falange es ese director de «El Pueblo Gallego», que, queriendo elogiar a Mussolini, le llama el «gran condottiero», y ese patriota que defiende la bandera bicolor porque con ella, como enseña gloriosa, fué Cristóbal Colón al descubrimiento y conquista de América.

Eso es Falange. La rebelión de los peores.

GALICIA, INDOMITA

Para los que desconocen Galicia, es difícil comprender lo que allí ha sucedido, y lo que está sucediendo. No se explica cómo, habiendo sido Galicia una región en la que realmente no hubo una fuerte resistencia armada a la sublevación militar, el terror que allí ejerce el fascismo ha sido, acaso, el más espantable que se ha padecido en toda España. Como no se explica tampoco que el pueblo gallego, que no acertó a sacudirse el yugo cuando aun estaban intactas las organizaciones de lucha de los Sindicatos y los partidos proletarios, haya conseguido luego mantener viva la repulsió contra el régimen fascista, a lo largo de una terrible etapa de año y medio de represión, en la que diariamente han sido asesinadas docenas de personas.

Porque la verdad es ésta: en Galicia, a pesar de todo, aunque parezca inaudito, todavía se lucha, todavía hay zonas insumisas a la tiranía. Toda la desfachatez del fascismo, todo el aplomo con que mantienen las autoridades rebeldes, no bastarán para desvirtuar este hecho indiscutible, que cuantos viven en Galicia conocen. En las montañas gallegas hay en la actualidad millares de ciudadanos, armados, que mantienen, desde hace dieciocho meses, una lucha titánica con los rebeldes. Esta lucha, claro es, no tiene las características de la guerra; es, naturalmente, la guerrilla, la banda de fugitivos armados, que, batiéndose siempre en retirada, hostiliza constantemente a las fuerzas que se envían en su persecución, obligándolas a desistir de su empeño.

Estas bandas viven en los montes fronterizos de Portugal, y cuando se ven acosadas, se internan en territorio portugués, donde ponen en jaque a los «guardiñas», hasta que éstos organizan una operación de policía considerable para poder batirlos. Entonces, los fugitivos pasan otra vez la frontera y se adentran de nuevo en territorio español, para seguir luchando. Durante el verano último, estos bravos guerrilleros han podido subsistir, viviendo en las cimas de las montañas, gracias a su resistencia física, a su coraje y a la solidaridad que con ellos sienten las poblaciones, tanto portuguesas como españolas. Pero, al entrar ahora, de nuevo, el invierno, la vida se les hará imposible, y tendrán que sucumbir, o decidirse a bajar al llano, como manadas de lobos hambrientos, ¡para morir matando! ¡Esto es lo que ha hecho de España y de los más bravos, nobles y fuertes de sus hijos, ese traidor, vendido al extranjero, que se titula salvador de España!

Ya, en varias ocasiones, las bandas de fugitivos han bajado a las poblaciones del llano en son de guerra. Hasta las puertas de Vigo llega-

ron una vez y, a viva fuerza, consiguieron apoderarse, en el hospital militar de El Rebullón, de las medicinas que necesitaban para curar a los camaradas que en el monte mueren de hambre, de frío, de extenuación y de tuberculosis.

Una vez en San Juan del Monte, los fugitivos dieron un golpe de mano audaz. Disfrazados de falangistas, llegaron en patrulla hasta los arrabales. Al entrar en el poblado, se encontraron con un centinela falangista auténtico, que les saludó con el «¡Arriba España!» de ritual. Le descerrajaron un tiro y se adentraron en el pueblo. Asaltaron una tienda de bebidas, en la que se apoderaron de las mantas, las vituallas y el dinero que encontraron, y se volvieron a sus refugios de la montaña, sin que nadie se atreviese a hacerles frente.

En otra ocasión, asaltaron por sorpresa el Aeropuerto, para lo cual tuvieron que sostener un vivo tiroteo con las fuerzas que lo custodiaban. Resultaron muertos en la refriega un cabo y un soldado. Pero acudieron refuerzos de los rebeldes y los leales tuvieron que replegarse a sus madrigueras del monte.

Recientemente, un grupo bajó sigilosamente durante la noche, y dió muerte a un confidente de los falangistas que había denunciado los lugares donde los fugitivos solían esconderse y las personas que se atrevían a llevarles víveres.

Uno de los héroes de esta gesta popular, tan nuestra, tan española — ¡y todavía se atreven a llamarse «españoles» esos traidores vendidos a Roma y Berlín! —, ha sido un tipo popular, que ha llegado a tener el prestigio legendario de los héroes del romancero. Manuel González Fresco era para sus hombres una especie de semidiós. Guerrillero por temperamento, capitán español nato, a la manera que lo fueron los verdaderos capitanes de España — no al modo de esos militares «españoles» que se resignan a ser los hombres de paja de los oficiales prusianos, y a quienes hasta los tenientes italianos desdennan —, Manuel González Fresco, con un puñado de hombres, tuvo en jaque meses y meses a las tropas rebeldes, que, para batirle, tuvieron que movilizar incluso su artillería. Tirador excelente — había sido campeón de tiro —, González Fresco hostilizaba a las fuerzas enviadas en su persecución y les causaba cuantiosas bajas, siempre batiéndose en retirada por los montes de la comarca poco elevados, pero sí muy rocosos y de difícil acceso. Su prestigio llegó a ser fabuloso, y cada vez se unían a su partida más voluntarios, atraídos por la leyenda que de él iba haciéndose por pueblos y aldeas.

Un día, en los altos de Cufurco, cerca de Puenteareas, apareció su cadáver con un tiro en la cabeza. El pueblo, que comenzaba a hacer de su figura bizarra un personaje legendario, no se resigna a aceptar la verdad de su muerte, y aunque su propia mujer vió el cadáver y lo reconoció, los aldeanos gallegos siguen creyendo que su héroe está aún vivo y anda aún por los montes tendiendo emboscadas a las tropas de los tiranos. La gesta de Galicia indomita llegará a tener algún día el prestigio mítico de las grandes gestas españolas.

En las ciudades, la resistencia sigue latente, y aunque no tiene la grandeza salvaje que reviste en las cimas de las montañas, acusa esa heroica tenacidad del pueblo gallego, blando de humanidad, sumiso, resignado, pero con un fondo indomi-

to de pueblo que sabe vivir siglos y siglos bajo la tiranía feudal, sin entregarse a ella jamás.

Año y medio después de la sublevación militar que en cuarenta y ocho horas se apoderó de Galicia, aun siguen las ejecuciones y los asesinatos. Hace pocos meses han sido fusilados en el castillo de El Castro los concejales José Caldes Iglesias y Antonio Carballo, y los particulares José Manuel Cal Paredes y Alfonso Santos Cavaleiro. ¿Por qué estas ejecuciones todavía, cuando hacía más de un año que los rebeldes eran dueños de Galicia?

Por esa difusa resistencia que, a pesar del tiempo transcurrido, da a los tiranos la sensación clara de que el pueblo gallego sigue al acecho dispuesto a saltarles al cuello en la primera ocasión que se le presente. Por eso, siguen fusilando los militares y asesinando de madrugada los falangistas. Porque saben que el pueblo gallego no les perdonará jamás, y están convencidos de que no podrán vivir tranquilos mientras no hayan extirpado a la raza entera.

A las masas obreras de las ciudades, las han dominado por el terror; pero saben que su dominación es puramente circunstancial. Hace pocos meses estuvo en Vigo el coronel Aranda para inspeccionar las fábricas de material de guerra, en las que, bajo la dirección de los técnicos alemanes y con materias primas alemanas, se vienen fabricando diariamente 5.000 bombas para morteros Laffitte. Pues bien, durante todo el tiempo que estuvo el coronel Aranda visitando los talleres, los guardias civiles que le daban escolta, permanecieron con los fusiles echados a la cara encañonando a los trabajadores.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO

Los pescadores están sometidos a una vigilancia terrible. En la tripulación de cada barco pesquero van siempre dos o tres espías de Falange, cuya misión es sorprender las conversaciones de los marineros en alta mar, y denunciarles, si es necesario. Cuando esto ocurre, los acusados, sin más prueba que la delación del espía, son encarcelados y frecuentemente asesinados. Todo barco de pesca, antes de hacerse a la mar, es objeto de un minucioso registro por parte de las cuadrillas de falangistas. Luego, a la altura de Cabo de Mar, el barco de los prácticos se aproxima al pesquero y se efectúa un nuevo registro. Estas precauciones explican que la población marinera y pescadora de Galicia no haya escapado en masa de aquel infierno, como haría si la dejaran.

En más de una ocasión, el heroísmo de los marinos gallegos y su lealtad republicana han llegado hasta el sacrificio. Cuando el general Franco llamó al servicio a las quintas de Marina de los años 1930, 31 y 32, los conscriptos fueron formados en el patio del cuartel de San Fernando, en Pontevedra. Los jefes fascistas les arengaron. Terminaban sus arengas dando un viva al Ejército, que ellos contestaban invariablemente con vivas a la Marina. Hubo grupos que gritaron incluso: «¡Viva la Marina republicana!» En el acto fueron diezmados. Aquella misma madrugada hubo innumerables fusilamientos.

Al ser llamados a filas, se les pone a los reclutas en la cartilla militar un sello que dice: «Voluntario», y, además, se les marca con lápiz rojo, por medio de signos convencionales,

su filiación de izquierdista, si es que la tiene. Los fascistas han ido haciendo, con la ayuda de los párrocos y la Guardia civil, ficheros de las ideas políticas de todos los soldados que, controlados de este modo y sometidos a una estrecha vigilancia, son enviados al frente.

Los conscriptos de Marina, cuando iban a incorporarse en estas condiciones, cruzaban las calles de Vigo y Pontevedra gritando: «¡Vivan los marinos voluntarios forzosos!»

Como no se fiaban de ellos, les enviaban a Zaragoza, donde estuvieron cubriendo el frente de Belchite, mientras allí no hubo operaciones. Las desertiones eran diarias. Pueden calcularse que pasan de 6.000 los reclutas gallegos que se han pasado las filas gubernamentales. Desertaban con tal ansia y entusiasmo, que algunos grupos, apenas les hacían bajar del tren en Zaragoza, intentaban abrirse paso hacia las trincheras republicanas desde la estación misma. Muchos de aquellos bravos muchachos fueron fusilados por su ciega precipitación en librarse de la tiranía a que habían vivido sometidos en Galicia.

El mando fascista enviaba al frente a los reclutas gallegos, metidos en vagones de ganado precintados. Conoció a un viejo aldeano, que me contó la muerte horrible de un hijo suyo, que pereció asfixiado en uno de aquellos vagones inmundos en los que Franco llevaba, para volcarla sobre el frente, la «carne de cañón» gallega.

Cuando eran trasladados al frente en tales condiciones, los soldados aprovechaban la obscuridad de los

(Continuación)

¿Quién prestaría a Italia?

¿Está la City proyectando, o quizá preparándose, a prestar dinero a Italia? Aunque no cabe duda alguna de que, por agentes italianos, se hacen esfuerzos reiterados para obtener grandes créditos en Londres, confío en que no han dado resultado satisfactorio, gracias a dos razones principales: primera, a la presión de la opinión antifascista del país, y segunda, a la deplorable situación económica de Italia.

Sin duda, hay en la City muchos elementos partidarios de Mussolini, a quienes agradecería que se prestase dinero a Italia para apuntalar el régimen fascista.

Pero querer que se preste dinero a Italia por razones políticas, difiere bastante de prestarlo, uno mismo, como transacción comercial. Hay una cosa cierta, y es que ningún banquero de la City querría conceder a Italia créditos a largo plazo, sin una garantía del Gobierno británico o a un interés muy elevado.

La elevación de este interés puede deducirse con sólo mirar las rentas que los bonos italianos muestran en la Bolsa de Londres:

Italia, 5 por 100, Maremmana Rly, precio 58, renta 8 ⁵/₈; Italia, 7 por 100, Credit Consort, precio 90, renta 7 ³/₄.

Y si el Gobierno británico tratara realmente de garantizar la emisión de un empréstito público a Italia, podemos estar seguros de que se produciría un escándalo público tan intenso y tan justificado como el que acogió el plan Hoare-Laval.

Existe, quizá, mayor peligro de que algún consorcio bancario conceda un crédito, bastante grande, a

plazo medio. Pero cuando se recuerda cuán poco dispuestos estaban los Bancos ingleses a prestar recientemente 40 millones de libras a Francia al 4 por 100, con una buena garantía, ello parece casi imposible. Políticamente, sin duda, algunos de nuestros grandes Bancos sienten más simpatía por Mussolini que por el Frente Popular francés. Pero el riesgo de acercamiento al buque naufrago de Mussolini — excepto con un 100 por 100 de garantía oro, que no podría ofrecer — sería demasiado fantástico.

Quedan los créditos bancarios a corto plazo. Créditos comerciales ordinarios de esta clase, concedidos contra mercancías en ruta, se conceden en todo tiempo, y suspenderlos totalmente, equivaldría a la reimplicación de las sanciones. El mayor peligro está en la posibilidad de un aumento importante en los créditos a corto plazo.

No cabe duda de que se conceden con más frecuencia estos créditos desde que las sanciones fueron abandonadas. Pero ello carece de importancia, si se relaciona con la totalidad de la situación económica de Italia; aparte de que más de un Banco importante de Londres, se niega en absoluto, todavía, a descontar las letras italianas.

Sin embargo, a pesar de todo esto, puede haber individuos, tanto en la City como en el Gabinete, que quieran que el Gobierno garantice alguna forma de préstamo, a cambio de condiciones políticas de cierta índole.

Por lo tanto, la situación general debe ser vigilada celosa y continua-

mente. Cualquier crédito — concedido nominalmente para importación de carbón de Gales, por ejemplo — equivaldría, de hecho, a regalar directamente a Mussolini bombas y gas, ya que compraría armas con las divisas extranjeras, que, de otra manera, hubieran sido gastadas en el carbón.

Y desde un punto de vista más amplio, sería, sin duda, inicuo y desastroso, prestar dinero a Italia, mientras dura el régimen de Mussolini. Ese régimen se está debilitando, y mientras prosiga la presente situación en Abisinia, España y Austria, el fascismo italiano continuará sangrándose a muerte.

Con que simplemente se hubieran mantenido las sanciones económicas del verano de 1936, como podemos ver ahora, se habría acabado con la invasión de Abisinia, se habría impedido la invasión de España y posiblemente se habría liberado el pueblo italiano.

Sólo con abstenerse de facilitar a Mussolini la transfusión de sangre — que quizá sea lo único que pueda salvarle ya — se remediaría el daño incalculable causado por el abandono gratuito de las sanciones.

La más ligera tentativa, por parte de la City o del Gobierno, de conceder empréstitos o créditos — cualesquiera que sean las condiciones — tiene que ser, por tanto, vigilada muy de cerca y obstaculizada resueltamente.

Douglas JAY
Director financiero

(«Daily Herald», 18-II-1938.)